



Aparato de sonido

Christopher Adolfo Aguilar Reyna*

Te escribo ahora que no estás. Que no te veo. Como tú, otras se han ido ya. Es un desfile infernal y desolador. Cuando intento recordar, se activan los mecanismos de defensa para eliminar de tajo cada uno de los ratos en que haya sido feliz. Sé que alguien estuvo aquí, pero las memorias se evaporan.

Tu madre está muerta, pero tú me dejaste solo. No puedo decir que estamos a mano; con mucha más rabia que orgullo me reuso a afirmar quien le hizo más falta al otro. Mi excusa es que nací escapando incluso de la cuna. Desconozco la tuya.

Me pregunto si has escuchado a Phil Collins. En el aparato de sonido, del otro lado del muro, donde los vecinos retozan y un gato araña la panza de una lavadora, ritmos camboyanos en una de sus canciones me hacen pensar que somos parte de otra época, parte de un sueño infinito donde también nos estamos perdiendo día con día; persiguiéndonos de otras vidas, de otros deseos, de otras emociones igual de frías y angustiosas.

Bajo los pálidos pestaños de la luna, tu presencia mengua y se convierte en cuchilla que como navaja de afeitar desgarrá delicadamente mi destino. Es cierto, lo sé y lo sabes tú, estaba listo para decir adiós cuando dejaste la habitación, pero no estaba preparado para la estela de tu graciosa forma de inyectar amor en la bruma, de cambiar mi actitud frente a un mundo que colapsa y se rediseña a cada instante.

Ni te debo ni me debes, pero nos habría caído tan bien otro tanto de ese amor que nos negamos a aceptar; cuando apretaba los puños para no tomarte las caderas y devolverte junto a mí en la cama. Cuando hacías lo mismo al pasar tus yemas por mi cuerpo y te detenías justo al llegar al corazón. Cuando la temperatura de nuestros cuerpos

* Egresado de Licenciatura
en Psicología del Instituto
Universitario del Estado de México.

era la fórmula exacta de la química del deseo. Cuando al terminar te ibas de prisa y yo no te detenía, aunque ambos nos extrañábamos ya.

Después de eso te he visto un par de veces en las tapas de las revistas. Como ya no vuelves al departamento, siempre ocupada por el dolor o el resentimiento, he vuelto a los viejos hábitos, tapizando las paredes con los oficios de los artículos que me han rechazado. Tomando un libro y vagando por las calles solas bajo el titilo de las luces viejas de la plaza mayor.

En el quiosco, bajo el rumor de tu ausencia y el fulgor de las estrellas, le pregunto a las aves que duermen en las copas de los arboles si algo en ese sitio eres tú. Luego me voy. Pero soy muy cobarde para estar solo en casa, sin saber si al otro día estarás ahí. Para frotarnos los cuerpos, saber si he comido, llevando pan y una botella de vino para que no deje de escribir.

Entonces cambio el rumbo. Las campanas de la catedral suenan y el sonido apagado se cuele por cada cuadra deteniendo todo a su paso, suspendiendo en el viento la fe del mundo, la quieta calma que precede al cataclismo.

Las bocinas y los faros de un auto me hicieron reaccionar. El conductor me insultaba. Estaba ebrio junto con otras dos. Una de ellas le tomó la pierna y lo hizo arrancar. Cuando se marchaban, la otra tiró un escupitajo por la ventana y todos rieron de mí. Me sentía humillado por que ninguna de las dos estaba a tu altura.

Estaba solo. Enfadado y solo porque no estabas conmigo, porque hacía ya bastante tiempo que no tocabas a mi puerta, y en cierta forma sabía que eso no sucedería más. Tomé la computadora y traté de escribirte una carta. Pensé en pedirte disculpas, pero no me sentía culpable de nada. Quise hablar de algún futuro hipotético, pero no supe como iniciar.

Sobre la calle y hasta los recovecos de la ventana, las campanadas crecieron; una a una fueron llevándose el sentido del texto. Olvidé el motivo de tu partida, el día en que nos conocimos, la noche en que te besé por primera vez, tu nombre y el olor de tu cuerpo. Sentí que, si iba a la cama, todo estaría mejor al día siguiente, pero me negaba a hacerlo. Ya no estaba molesto. Comenzaba a borrarlo todo, a repetir el ciclo. Entonces tuve miedo.

**En el quiosco,
bajo el rumor de tu
ausencia y el fulgor
de las estrellas,
le pregunto a las
aves que duermen
en las copas de los
arboles si algo en
ese sitio eres tú.**